

LA estampa ya parece vieja. La mala cosecha sardinera de 1946 la vuelve a la actualidad. El dibujante traza, con sobrio y cortante rasgo, los caracteres de la figura y del ambiente: el rugoso "xeiteiro", su vástago, la pequeña embarcación a vela, el plácido mar que sirve de fondo al cuadro. El elemento personal y el instrumental, desde hace veinticinco años a hoy, han cambiado mucho. Pero la mar, la veleidosa mar, es la misma.

Por eso el tema conserva frescura e interés, aunque los años pasen.

Antes, el viejo y el niño, vivían con cuatro cuartos. La embarcación podía alimentar sus velas con... aire. Ahora el pan y las redes, el dril azul de las calzas y el gas-oil ouestan cifras de gran volumen.

Cuando el marinero se quejaba de la ausencia de la sardina, la sardina faltaba sólo para las pequeñas embarcaciones costeras, tripuladas por el padre y los hijos, en las que el presupuesto de gastos era nulo o poco menos. Ahora... ¿Para qué repetirlo?

Y sin embargo, también vienen años de hambre, que a tanto equivale un año sin sardinas. En 1946 se desembarcaron en Vigo apenas 5.000 toneladas. Lo mismo que 1942 y 1941; lo mismo que en 1924 y 1925, lo mismo que en 1910, 1911 y 1912.

Entonces, el dibujante escribía al pie de su estampa:

As sardiñas volverían se os governos quixeran...

==

QUE hemos de hacer para que las sardinas vuelvan? Por problemas de transcendencia incomparablemente inferior, se han gastado palabras, tinta, páginas, horas... en cantidades incalculables. Se han movido los hombres de ciencia y los aficionados, los de abajo y los de arriba. Ya comprendemos que con celebrar una asamblea más,



AS SARDIÑAS VOLVERÍAN...

las condiciones hidrológicas y planctónicas que puedan determinar los desplazamientos de la "cuplea pilchardus" no van a modificarse por ello. Cierto. ¿Pero no les parece a ustedes que es poca cosa, como contribución a solucionar el problema, que de vez en cuando se publique una disposición agravando las penas contra los dinamiteros en la pesca, y contra todos los que tengan negocios tangentes con las especies tundidas por las explosiones?

Bien está que se persiga a los terroristas de la mar. Pero si con dinamita y todo han capturado cinco toneladas los que normalmente debían capturar, o a n d o menos, treinta mil, será cosa de pensar en buscarle remedio al mal por otros caminos.

Admitiendo que los explosivos, aparte de la matanza masiva, incluso de los inmaturos, aleje los bancos de sardina, para que estos fenómenos se produzcan será condición previa la de la existencia de cantidades considerables en las aguas habitualmente surcadas por nuestra flota. Esa existencia es precisamente la que no se acusa en las estadísticas, ni en las lonjas, ni en las cartillas de ahorro de los marineros.

Tampoco se acusa en el ojeo experimentado del pescador, que prácticamente abandonó la pesca con raba. Y si hubiese sardinas para la dinamita, también las habría para el cebo, pues no es de suponer que metiera el palo al pan.

==

VOLVERÍAN... si os governos quixeran. Hay dos maneras de conducirse frente a un problema, especialmente cuando tiene una condición poco apta para someter su evolución a nuestros cálculos. O podemos dejar al tiempo y la naturaleza que lo resuelva, o podemos tomar una actitud activa tendiente a cohibir sus consecuencias dañosas, si es que la solución total no es posible.

En el de la discontinuidad de la producción sardinera entran factores biológicos, en torno a los cuales no se han hecho aun definitiva luz. Pero entran otra clase de factores más al alcance de la voluntad humana, que tampoco reciben el trato adecuado.

Aun nos movemos por ideas más o menos empíricas en orden a la localización de los bancos sardineros. No obstante, es indudable que cuanto más amplia y más próxima a la costa sea el área en que puedan trabajar nuestros dispositivos de captura, mayores perspectivas de rendimiento se hacen tangibles.

Hace veinticinco años, los gobiernos de la Península se empeñaban en esas blancas batallas que riñe con mano enguantada la diplomacia, en torno a si las aguas territoriales llegaban al límite de las tres o de las seis millas de la costa, y en torno a la legitimidad de una determinación unilateral en cuestiones, como ésta, trascendentes a la esfera internacional.

El tiempo ha ido amortiguando aquella discordia, hasta el punto de que el hecho consumado se hizo de hecho inmovible. El acaque no es insólito en las relaciones que se tejen con los sutiles hilos de la diplomacia.

Pero la consecuencia es que la flota ha aumentado y el espacio íctico a su servicio se ha disminuído. Posiblemente la sardina no falta solamente por ésto, pero es indudable que nuestros artes captarían mucho más, si el radio en que lanzarlos fuera tan amplio como antaño.

He ahí otro aspecto que necesita ser idoneamente tratado.

